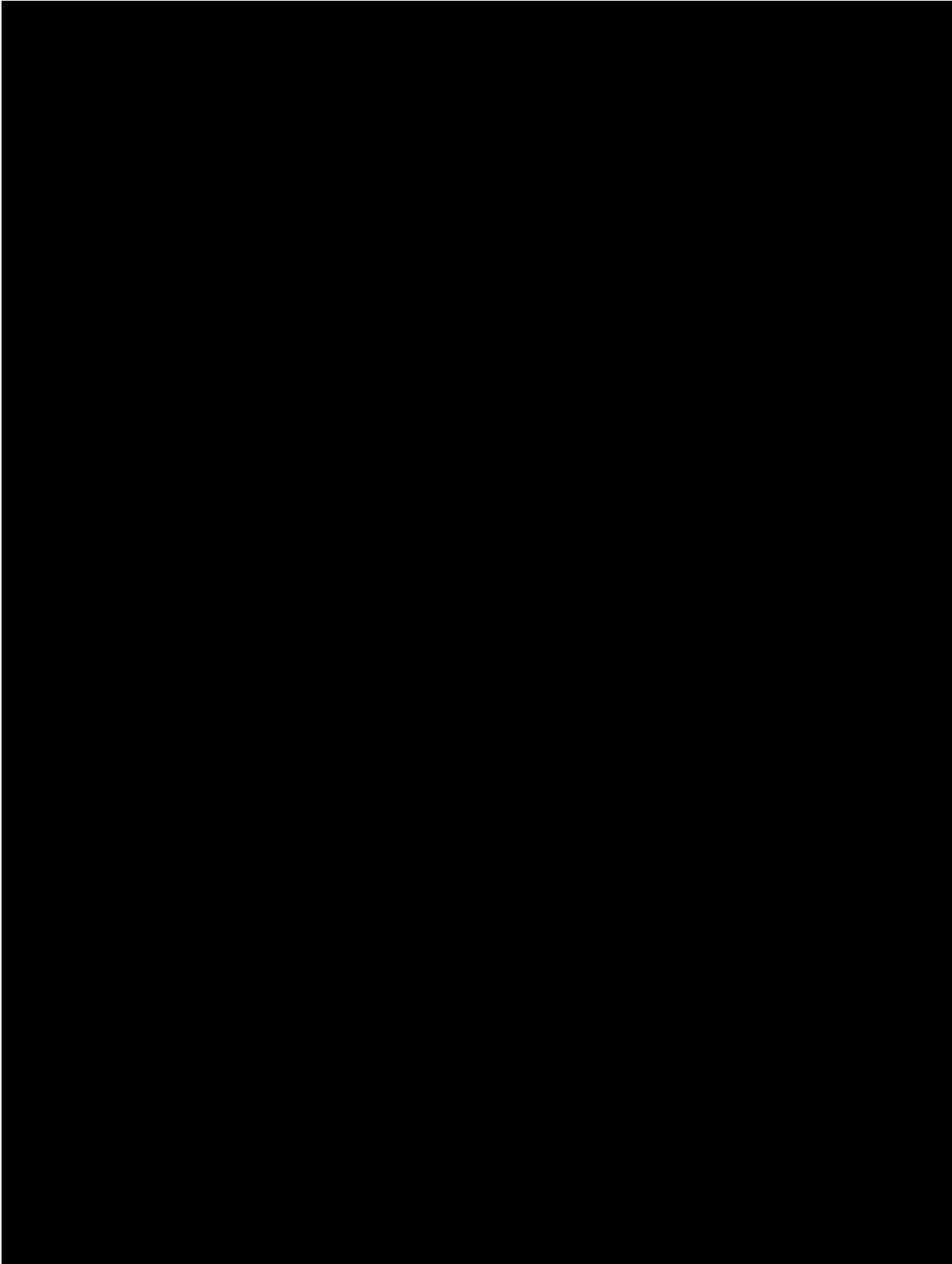


Albert Sans

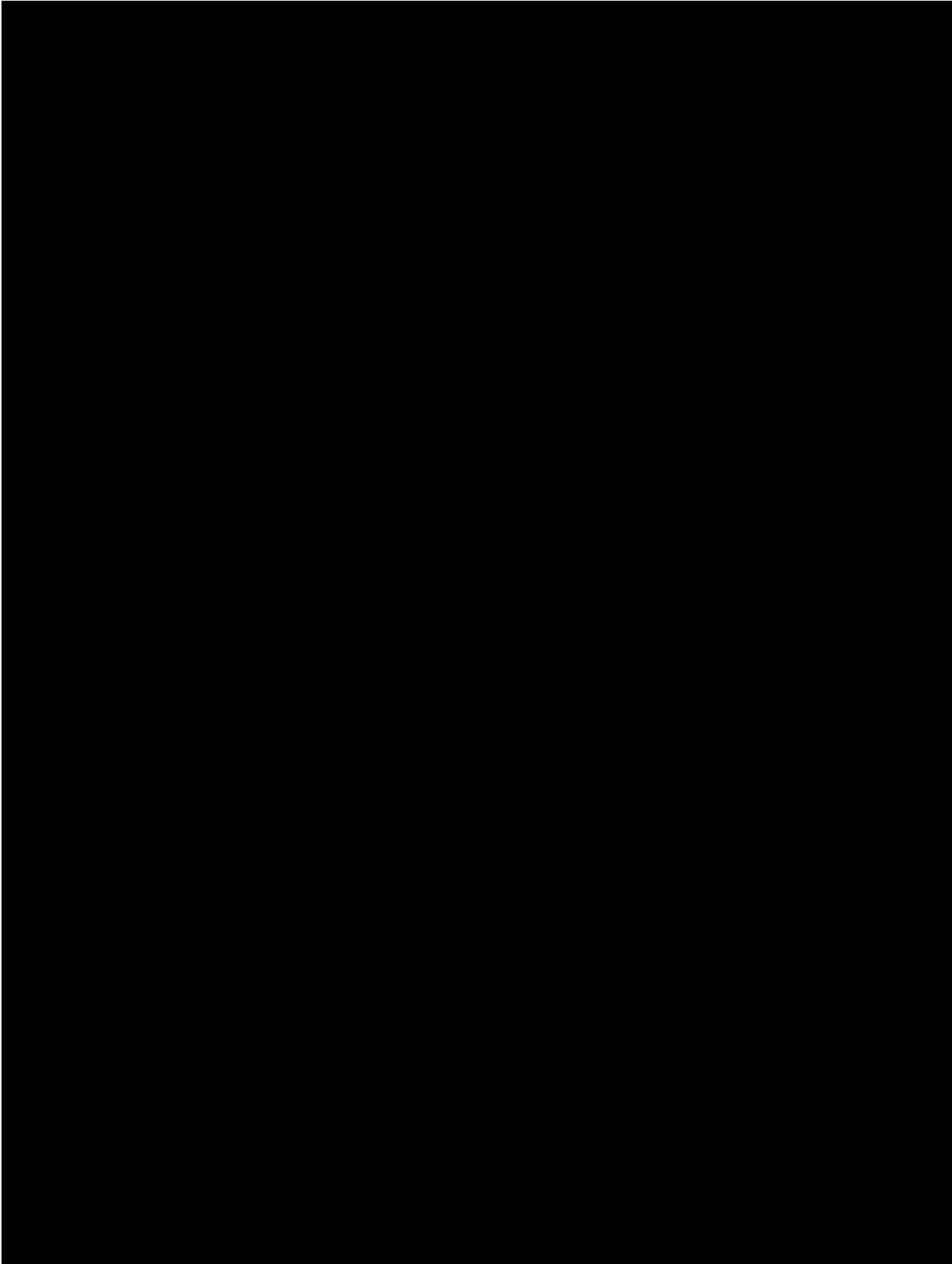
Andante moderato



Albert Sans.

Andante moderato.

© Joaquín César Plana Alcaraz



Acosar al artefacto.

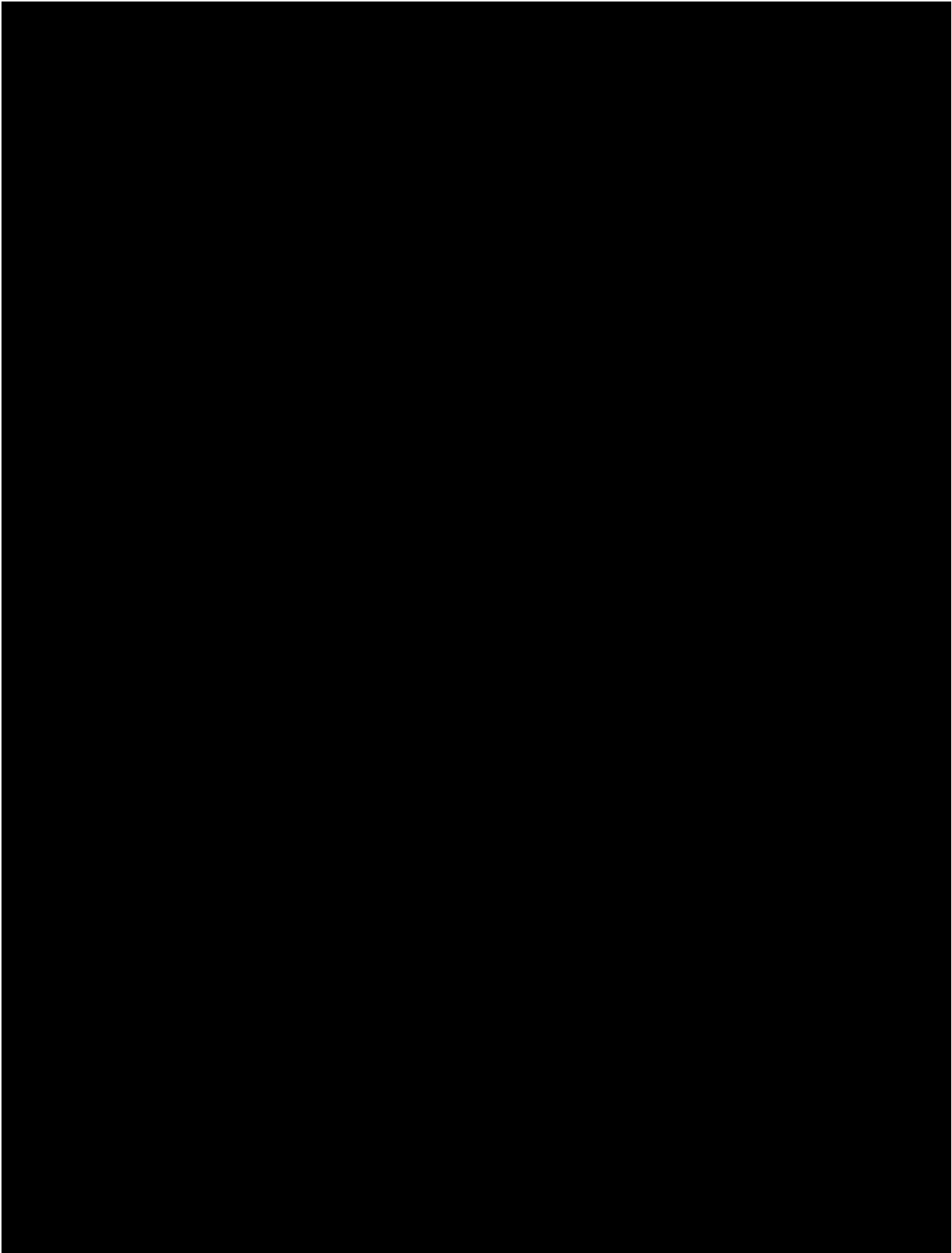
Texto escrito durante años. Tantas las ciudades. Saber que no hay tránsito o contingencia que no sea estado. Una bondad en la palabra que lo acepta, entonces, porque ya propio.

***Andante moderato*, es un texto creado para una poética; como todas, inerte. Deíctica, la vanidad. Hallazgo, por aquél, de que he creído en la distancia respecto a la espera. Levantado el velo, una higiene o coherencia establece este hecho público y esta voz.**

No creo que lo concluso sea una ficción; sí, la imagen y emoción de la solución. Voluntad que predetermina consecución desde la objetualización - su ser, dicho asequible -. Todo anhelo es, así, satisfecho; su adecuación - su corrección - confirmándose en lo íntimo y vívido.

Artífices, afectamos mecanismos que articulan cuanto decimos llamado a estructura para ser. Pero la necesidad es previa, pues es la nuestra. Montado el dispositivo, su acción o funcionamiento, justifica creencia. El hábito deja de afirmarle afectación. La creación hábil, su evolución, alejan la imagen de la trampa. No conocido, pues, el decoro de lo acontecido en eventualidad. Tarde cuando, el artefacto perdiendo coordinación, sólo puede descubrir firmeza en su ser concepto: su control, ya sólo deseo.

Poética del acoso.



Andante moderato.

I.

Andante moderato. El segundo movimiento de la sinfonía. Había llegado al descansillo del primer piso. Se detuvo a escuchar. Hebe intentaba determinar desde qué sitio del edificio provendría la música. A la derecha, aún más arriba. Sólo ahora el detective quiso empuñar el revólver. Cuando se decidió a continuar subiendo, un crujido de madera detrás de la puerta que tenía más cerca detuvo el ademán. Se acercó lentamente a la puerta sin apartar la vista del hueco de la escalera. No se había repetido el sonido. Y arriesgó un movimiento. Levantó una pierna y descargó con el pie un duro golpe sobre la puerta; ésta golpeó una pared interior de la habitación y rebotó secamente en ella para girar apenas sobre los goznes. Hebe tenía así una amplia visión del interior. Todo se había ido al demonio; de haber alguien en otro lugar de la casa, se estaría esfumando en ese momento.

La habitación parecía pertenecer a una de las hijas. La mayor, seguramente. Colores suaves y orden. Hebe, alerta, aún levantaba el arma. El suelo, como en el resto de las habitaciones, era de madera. El crujido lo entendió como una pisada. El sonido de un aleteo hizo saltar el resorte de su irritable atención; apuntó en dirección al sonido y descubrió una enorme jaula con varios exóticos pájaros en su interior; su movimiento hizo balancearse la jaula que colgaba del techo, produciendo un chasquido en la madera que el detective pretendió identificar.

Se maldijo entre dientes. Despacio. Siguió escuchando la música mientras paseaba la mirada por la estancia. La ventana detrás de la cortina. Se acercó a ella. Apartando la cortina vio que el cristal estaba bajado y, apoyándose en la repisa interior, miró a su través la calle. Hebe ya se erguía de nuevo cuando volvió a pagar la novatada. Pesados y precipitados pasos sobre el suelo

de alguien que se dirigió velozmente sobre él. Hebe, sorprendido, envuelto por la cortina, reaccionó torpemente. Recibió un puñetazo en el costado y otro en la cabeza, por debajo de la sien. El detective se revolvía sobre sí mismo intentando quitarse de encima la enorme tela. Cuando estaba a punto de conseguirlo, un estrépito de cristales volvió a sorprenderle. Quien acabara de golpearle acababa de atravesar la ventana y estaba cayendo desde un primer piso sobre el pavimento de la calle. Hebe, ya liberado y junto a la destrozada ventana, vio cómo un hombre se levantaba sin dificultad de entre un puñado de pequeños cristales esparcidos por la calle ... miró desde abajo al detective y le sonrió. Se sacudió prestamente las ropas y comenzó a correr.

Recordaría ese rostro.

Sólo cuando salía por la puerta de la habitación sintió dolor por los golpes recibidos. Comenzaba el tercer movimiento de la sinfonía ... Guardó el revólver y subió, sin precauciones, la escalera hasta el segundo piso. Una única puerta. A la derecha. Entreabierta. Hebe alargó una mano y la empujó.

Un denso hedor. El cuerpo de una mujer aparecía colgado de la viga maestra. Junto a la ventana, la máquina que emitía la música.

Allegro giocoso.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

